

Diego Muñoz (1)

Barco frutero



L DIA había estado harto malo, pero ya en la noche dejó de llover. Sólo quedaba el viento de Valparaíso, ese viento saludable y fresco que golpea o, más bien, palpa el cuerpo y la cara con una cierta fraternal rudeza que se repite, insiste y busca. Viene del mar ese viento y reconoce a los suyos, y acaricia con una tentadora atracción llena de rumores y de ruidos familiares, cargado de un algo salobre que penetra irresistiblemente y que impregna hasta las entrañas.

Encendí la pipa y aspiré el humo con ansia de hacerlo llegar hasta los talones; luego me dirigí rectamente a la puerta luminosa del bar, dispuesto a tragarme un vaso de llamas capaces de quemar al mismísimo diablo. Y entré.

En medio del ruido, un viejo autopiano estaba tocando una de esas mágicas piezas que pueden oírse en cualquier puerto del mundo. Por pura deleitosa fanfarronería afiancé el cinturón y miré en noventa grados, de un lado al otro. Nuestro encuen-

(1) Nació en Victoria en 1904. Ha publicado: «La avalancha», (Novela), «De repente» (novela) y «Malditas Cosas» (cuentos). Posee emoción humana, vigor narrativo y originalidad. A veces su mismo desenfado lo impulsa a reducir sus personajes a títeres pintorescos.

tro tuvo lugar precisamente en ese instante. Nos miramos. Ni él ni yo apartamos los ojos. Acabábamos de clavarnos el uno en el otro. Por lo visto, aquella casualidad estaba reservada especialmente para los dos.

Me di cuenta, de inmediato, que él no me reconocía: por mi parte, yo no sabía quién era aquel sujeto. Así las cosas, me acerqué a su mesa; nos saludamos y nos dimos las manos.

—¿Qué te sirves?—preguntó él.

—Aguardiente—respondí.

Yo mismo llamé al mozo, mientras observaba al hombre tratando de adivinar quién era. Podría jurar que él estaba empeñado en lo mismo con respecto a mí; pero lo hacía con aplomo y, al parecer, sin mucho interés.

Era un sujeto seco de carnes, algo más que moreno, de rostro alargado por las patillas, ojos duros y manos lentas, pero nada tranquilizadoras. ¿Dónde lo había visto? ¿Dónde habíamos estado juntos? ¿Qué nos unía? Esta era la pequeña cuestión que debíamos aclarar ambos a través de preguntas y respuestas vagas y aparentemente desprovistas de intención.

Pero de pronto, a la segunda copa, hizo él un gesto muy particular con la boca. Inmediatamente le dije:

—Tú fuiste del «Naranja».

—Sí—confirmó.

—El «Chuletas»—agregué.

—El mismo.

Entonces él sonrió con un cierto aire de protección y, junto con llevar su vaso a la boca, me dijo:

—Y tú eres el «pavo»... ¡Salud!

Los recuerdos se me vinieron de golpe a la memoria, con una claridad extraordinaria y gozosa. Vi aquella limpia noche de verano llena de astros, en Guayaquil, cuando, luego de atracar la lancha a la escalerilla del «Naranja», trepé a la cubierta y fingí ocuparme de la faena de carguío sólo por un instante brevísimo, para colarme en seguida a las bodegas del barco y

esconderme rápidamente entre los racimos de plátanos. Y luego esperar. Y escuchar con aguda atención. Y seguir esperando y escuchando.

Arriba, sobre cubierta, los gritos; abajo, adentro, donde yo estaba escondido, el olor de las bananas y de las piñas verdes. Hasta que se repletó la bodega y se hizo un relativo silencio a bordo. El pequeño barco frutero había quedado solo ya. Calculé que teníamos marea baja y que, por lo tanto, la nave había cambiado de posición y Guayaquil estaba ahora a estribor, con sus luces, sus fiestas y sus grillos. Debían de ser las cuatro o cinco de la madrugada. Un par de horas más y subiría el práctico de la ría para conducir el barco hasta la desembocadura. Esto ocurrió, efectivamente, al cabo de algunas horas, después de lo cual oí levar anclas y afirmarse tercamente en la nave el ruido isócrono, invariable, de las máquinas; y más tarde, detenerse para que bajase el práctico y luego echar de nuevo adelante vigorosamente. Después, el mar. Porque no cabía duda: aquel balanceo no podía ser sino de mar abierta. Esto significaba que ya habíamos puesto rumbo a Valparaíso y que no habría novedad de importancia en dos semanas de navegación, hasta llegar a puerto.

Entonces, avanzando entre bananas y piñas, en medio de las tinieblas de la bodega, me abrí camino hacia proa y, luego de palpar en muchos sitios hallé madera y una raya de luz a todo lo largo de una juntura. Y allí golpeé, grité y volví a golpear y a gritar. Pronto levantaron la tapa y, con alguna torpeza, pude salir a respirar ansiosamente en la cubierta.

En seguida fuí conducido a presencia del capitán.

El viejo Petersen estuvo a punto de reventar de cólera. Mordía la pipa y la cambió de lugar una y otra vez, maldiciendo lo mismo en castellano que, en danés, furioso y amenazador. Increpó al contramaestre y a todos los que estaban cerca y dió un puñetazo en la mesa. Llegué a creer, por un momento, que ordenaría virar en redondo para regresar a tierra y aban-

donarme en cualquier punto de la costa. Pero el milagro se obró. Después de otras violencias, gritó algunas órdenes de carácter transitorio, que me dieron, sin embargo, la esperanza de que mi situación, mal que mal, estaba en vías de arreglarse.

Así fué, en efecto. A poco, ya tenía ración, un sitio para dormir y trabajo abundante para todo el viaje, por cierto. Que los demás habrían de aprovecharse de mi situación, eso ya lo tenía previsto; pero, por mi parte, no me había metido allí sin astucia. Es decir que, si bien llevaba solamente lo puesto encima no me faltaban recursos y habilidades que muy pronto habría de desplegar.

Al comienzo hice todo lo que tenía que hacer y soporté todo lo que tenía que soportar. El «Chuletas» fué el peor de todos. No olvidó molestarme un solo día, desde el primero hasta el último de nuestro viaje. Cuando no eran insultos, eran violentos empujones para apartarme de su camino. Yo me mordía solo. Bien sabía que el «pavo» tiene que ganarse el viaje sin altanerías. Romper esta tradición es exponerse a duros riesgos.

Pero tuve tiempo de sobra para estudiar el carácter de cada uno y muy pronto, justamente cuando comenzó el tedio insufrible a bordo de aquel barquichuelo, cuando se acabaron las provisiones frescas, cuando ya no se veía más que mar hacia los cuatro vientos, cuando teníamos que escuchar día y noche el ruido monótono de las máquinas, entonces comencé a emplear mis recursos. Fué algo a la vez fácil y complicado. La experiencia, cada una de mis pequeñas experiencias, fueron aconsejándome, y muy pronto conquisté las voluntades de todos, desde el segundo de a bordo hasta el último marinero. Catorce hombres. Sólo me faltaba llegar al viejo Petersen, el capitán.

El primer oficial era un hombre culto, gran lector, irónico, despreciativo, de mentalidad inquieta. Discutimos muchas veces. El contramaestre era un angelote de casi dos metros de estatura que cabía apenas en su litera; bueno como el pan, tolerante, pero capaz de romperle el pecho a cualquiera de una sola trom

pada, si venía el caso. El lamparero fué mi mejor amigo: tenía ansias de comprender el mundo, de saber por qué ocurría esto o aquello: por qué ciertas cosas andaban mal y cómo podrían mejorarse. Era casado, tenía un pequeñuelo, a quien amaba entrañablemente, por lo visto, y al cual seguía, en la imaginación, por el curso de una vida futura que habría de ser mejor que la presente; un mundo dentro del cual se entendieran lealmente los hombres de toda la tierra, sin recelos ni odios. El lo decía reposadamente, mirando hacia cualquier punto del horizonte;

—Entenderse, te digo, en forma natural, como corresponde a seres humanos; eliminar las injusticias... ¿Qué te parece?— y me observaba en seguida atentamente, como si esperase de mí una respuesta trascendental.

Este hombre cautivó por entero mi corazón. Cada minuto disponible lo dedicaba a charlar con él. Jamás en mi vida he tenido que responder a una mayor cantidad de preguntas. Quería saberlo todo: astronomía, historia, química, economía, política; su curiosidad arrastraba hasta el confín de cada tema. Cuántas cosas soñamos juntos los dos, ya tendidos de vientre en la proa, cabeceando con el barco, ya sentados en la popa, mientras yo cuidaba del anzuelo, por si caía algo fresco qué comer.

Los demás eran todos buena gente, excepto este maldito «Chuletas».

Así transcurrieron los primeros días de navegación, hasta que el capitán Petersen se percató de que algo nuevo estaba ocurriendo a bordo. Ciertas charlas y muchas risotadas. La gente no andaba hosca, como acontecía ordinariamente. Además, observó que el «pavo» trabajaba firme y parejo. Era evidente que la tripulación le había tomado una cierta simpatía. Llegó a constatar que, a menudo, el primer oficial paseaba con el «pavo» por la estrecha cubierta, discutiendo con pasión, deteniéndose a veces para golpear sobre las tapas de un libro, y volver luego al estrecho paseo, manos en los bolsillos, fumando y pen-

sando. Y después de esta ligera tregua, reanudar la conversación, no pocas veces a gritos, porque el viento soplaba con fuerza y la mar se encrespaba azotando los costados del barco.

El viejo Petersen acabo por sentirse picado en la curiosidad. Además, llevábamos ya hecho la mitad del camino—una semana interminable—y al dulce verano del trópico estaba sucediendo el invierno austral amenazador. Los días iban cargándose de aburrimiento y, por si faltara algo, el Capitán fué favorablemente informado acerca del «pavo». Pero la circunstancia decisiva fué que ya nos hallábamos a sólo siete días de Valparaíso. Y esto era mucho.

El viejo me hizo llamar. Estaba severo como siempre, pero ello no le impidió conducirse de manera afable. Me hizo algunas preguntas, con el evidente propósito de estimularme para que hablase largo y tendido, y yo no desperdicié la oportunidad. Elegí lo mejor de mi repertorio. Cuando le relaté una aventura algo picaresca, el viejo Petersen rió como un muchachuelo. Tanto el primer oficial como el contramaestre y el lamparero me dijeron después que no lo habían visto nunca de tan buen humor. El lamparero llegó a decirme con entusiasmo:

—Ya ves que tengo razón: entre los que trabajamos es posible entenderse bien. De los que no podemos esperar nada es de los ociosos.

Desde aquel día abandoné el rancho de los marineros y pasé a tomar asiento en la mesa en que comían el Capitán y sus dos oficiales. Esa noche tuve vino e hicimos una charla extremadamente cordial y amena. El viejo me obsequió, incluso, con una porción de su espléndido tabaco.

Después, ya solo, volví a vigilar mi anzuelo en la popa. La cuerda se extendía y se relajaba sobre el oleaje, siguiendo al barco. Eran poco más de las diez de la noche. Dormían todos ya, salvo la guardia. De pronto, la cuerda comenzó a sacudirse. Salté hacia ella y empecé a recogerla con ansiedad. A la luz de la luna vi muy claramente que había picado un pez grande y

no fué poca mi alegría cuando, por fin, tuve sobre cubierta una hermosa, una magnífica corvina que se sacudía desesperadamente. Había de sobra para diez y seis buenas raciones. ¡Qué almuerzo para el día siguiente!

Colgué aquel precioso tesoro cerca de la cocina, a pleno aire, a fin de que se conservara fresco, y me fuí a la litera.

Al día siguiente el «cook» estaba comenzando a destripar la corvina y yo baldeaba la cubierta, cuando de súbito el viejo Petersen, increpando al cocinero, se abalanzó sobre él, le arrebató el pescado con violencia y lo lanzó furiosamente al mar.

De inmediato hizo la investigación: ¿Quién había sido el idiota que dejó la corvina bajo la luz de la luna? Me hice presente al momento. Y recibí, naturalmente, una reprimenda violentísima. Según el viejo Petersen, la corvina se había «alunado», como lo demostraba su piel ennegrecida; es decir, que estaba envenenada. O sea, que habríamos podido morir los 16 de a bordo. Nada menos.

El cocinero quedó atónito y yo, harto afligido, como se comprenderá. El capitán rabió todavía un largo rato limpiándose las manos. La posibilidad de un espléndido almuerzo se había esfumado.

—Dime, ¿es verdad que habríamos podido morirnos todos?
—me preguntó después el lamparero.

Como no supiera contestarle nada, los dos nos quedamos dándole vueltas al asunto, callados, mirando al mar. Seguramente, el que lamentó más el suceso fué nuestro buen angelote, el contramaestre, cuyo apetito era siempre de primer orden.

Sin embargo, el viejo Petersen olvidó en seguida el incidente y siguió después tan afable conmigo como en la noche anterior.

Dos días más tarde el humor había mejorado todavía más sobre la cubierta del «Naranja». A esa altura, el viejo Petersen soñaba ya con sus escopetas, sus morrales de cazador y sus dos perros, en las proximidades de la Laguna Verde. Aspiraba con

avidez el aire frío del mar del sur y, al mismo tiempo, el humo caliente de su pipa. En su imaginación, estaba entrando ya en la bahía de Valpaaraiso.

En cuanto al contramaestre, hinchaba de aire su enorme pecho y miraba por la proa hacia el sur. Tenía por allí algo que le hacía sentir, anticipadamente, una dicha sencillota y fuerte como él mismo. El lamparero, por su parte, me mostró algunas cosillas que llevaba a su pequeñuelo y a su mujer.

—Este niño verá muchas cosas buenas—me dijo, y me miró luego en demanda de una confirmación reconfortante.

Yo le puse una mano sobre el hombro y comencé a charlar con él. Hablamos de nuestra patria, de nuestro pueblo; del pasado y del porvenir. En aquel tiempo estábamos aún lejos de la espantosa guerra que tantas enseñanzas trajo a la humanidad entera.

En cuanto al «Chuletas», habiéndose percatado de un grave error cometido por el primer oficial en la determinación de la ruta—por poco nos encallamos en unos arrecifes, frente a la costa peruana—se acercó a él y, luego de soltar un sarcasmo, le dijo:

—¡Un poco más, y reventamos todos con el «cacho», como bestias!

El oficial estaba evidentemente azorado. Sin duda, para él mismo resultaba inexplicable un error tan garrafal. Su rostro revelaba claramente la conciencia de haber escapado a una catástrofe, y la consiguiente turbación.

Entonces aprovechó el «Chuletas».

—Si no me da Ud. el certificado que le pedí—dijo con desafiante cinismo—hablaré de esto en «Pancho».

Pero ya el «cacho» había virado en 45 grados al Oeste y pronto estaríamos lejos de los arrecifes, en alta mar. Esto permitió al oficial recobrase de tal manera que, como si hubiese vuelto repentinamente a la realidad, descargó sobre el «Chule-

tas» una de esas bofetadas que ponen limpio fin a cualquier incidente.

Los días corrieron después rápidamente. El viejo Petersen tenía un rostro cada vez más animado y afable. El lamparero me informó que esto era lo habitual cada vez que se hallaba próximo a puerto. De ida, era la ansiedad de llegar cuanto antes a Guayaquil; de vuelta, era el anhelo de ver nuevamente Valparaíso, sus cerros poblados, y en un rincón, sus perros y las escopetas. O sea, lo que estaba mirando ahora justamente, de pie sobre el puente de mando, mientras nuestro barco entraba con bizarría al puerto, en un brumoso día de mar gruesa.

Aproveché aquel momento para tocar mi asunto.

—¡Oh!... —me dijo sonriendo—. No se preocupe. Eso corre de mi cuenta.

Miré hacia el puerto. Ya estábamos en «Pancho». Allí estaba otra vez mi patria. La miré y la respiré a fondo. Deseaba tragar algo que ni yo mismo sabía qué era exactamente. Después de dos años de ausencia habría mucho que mirar allí, de seguro: los edificios nuevos, las viejas calles, los mesones, los árboles, los vidrios, todo.

Los de cubierta mirábamos con verdadera fruición hacia tierra. El «Naranja» entraba a puerto cabeceando como un caballito de carrusel. Todos habríamos jurado que Valparaíso no estuvo jamás tan hermoso como en ese preciso instante en que nos aproximamos a sus muelles.

Abandonando por un momento la atención de la maniobra, el primer oficial me dijo con desafiante seguridad:

—Espéreme en el «Neptuno». Después iremos a una librería donde hallaremos ese libro, ¡Verá que tengo la razón; es en la página 64!

Habíamos amarrado en la mañana. Por la tarde estaba yo en tierra esperando junto al mesón del «Neptuno», cuando vi entrar al viejo Petersen. Estaba feliz, por cierto. Para comenzar, me dió un manotazo en la espalda; en seguida golpeó so-

bre el mesón, echó a un lado mi vaso de vino y pidió dos whiskeys dobles. En realidad, el Capitán era un hermoso viejo. Tenía algo de roca y de furia, es cierto, pero también una tranquila y bondadosa majestad. Un algo de inmensidad verde y azul lo acompañaba siempre y le daba un aire impresionante. Después de haberse despedido, volvió dos pasos y me dijo:

—Y si alguna otra vez no tiene para el pasaje... ¡ya sabe, a quien dirigirse, amigo mío!—y se despidió de nuevo riendo.

Aun vestía el uniforme, pero muy pronto habrían de verlo cerca de la Laguna Verde con la escopeta al hombro y sus dos perros adelante, husmeando huellas.

A los pocos días, el oficial fué despedido y años más tarde el barco se incendió frente a las costas peruanas.

Ahora tenía frente a mí, al otro lado de la mesa, al «Chu'etas».

—¿Qué hiciste después?—le pregunté

El movió la boca con ese gesto personalísimo y odioso que me había permitido identificarlo. se echó un poco atrás en la silla, cogió su vaso y bebió.

—Hice dos viajes más en ese maldito cascarón podrido—se detuvo en una breve pausa y agregó con cierta intención—¡Ya no iba el oficial, tu amigo!...

—Supe que le hiciste una porquería—afirmé.

Me miró duramente, pero pronto cambió su expresión por otra de cínico desprecio.

—Yo entiendo de lo mío—dijo, y en seguida soltó unas cuantas groserías contra el oficial.

Traté de ocultar mi disgusto y le pregunté por el Capitán Petersen, para cambiar de tema. Acompañando la noticia con otras palabrotas, me informó:

—¡El viejo reventó hace ya tiempo!

Debí expresar, primero, un sentimiento de disgusto y luego otro de pesar muy sincero, porque el «Chu'etas»—aunque sin muchos escrúpulos—disimuló una risa burlona. Esto último me

causó una viva irritación. Llené los dos vasos y brindé, con intención de provocarlo:

—¡A la memoria del querido Capitán Petersen!

—¿Por qué no?—dijo el «Chuletas», y se echó el aguardiente al pecho de un solo trago.

Seguíamos conversando. El viejo autopiano tocaba ya otras piezas. Había más gente en el bar, y más humo. Yo miraba una y otra vez a aquel sujeto, escuchaba el ruido y la música entremezclados y fumaba con impaciencia.

El «Chuletas» me refirió después que había ido al Brasil y que había regresado a pie por el Paraguay y la Argentina, durmiendo aquí y allá, viviendo de lo ajeno, por las buenas o por las malas. Para él, todos eran unos idiotas. El mundo era de los vivos y no de los babei-cas. Llegó, incluso, a expresar un grosero desprecio por su propia madre, y esto en forma repugnante.

—Después volví a embarcarme—dijo.

—¿En cuál?

—En el «Nahuel».

Este fué uno de los barcos que, con extraña continuidad, hicieron explosión en alta mar, no hace mucho tiempo, en plena guerra. Llevaba las bodegas repletas de salitre destinado a los Estados Unidos. En aquel hundimiento pereció casi toda la tripulación.

—Cómo...—le dije.— ¿Te salvaste?

Me miró como un animal desconfiado y gruñó.

—Sí; me salvé.

—Cuéntame...

Expulsó el aire por la nariz y dijo simplemente:

—Me quedé en tierra. Me emborraché y perdí el viaje...

—se animó repentinamente con un gesto agresivo y agregó:

—¿Y a qué vienen tantas preguntas? ¿También tú andas detrás de mí...?

Y soltó un soez insulto, de esos que ningún hombre puede

tolerar a nadie. Me puse de pie, casi junto con él, y antes de recibir un golpe suyo, descargué sobre su rostro una bofetada tan recia que podría decir que puse en ella toda mi existencia. El «Chuletas» ni siquiera se movió, de manera que tuve por un instante brevísimo la impresión de que yo habría de caer molido a trompadas allí mismo, cuando ocurrió de súbito algo enteramente inesperado.

Una bofetada tremenda sonó sobre el mentón del «Chuletas». El hombre cayó al suelo con la mayor naturalidad, derribando de paso una silla y haciendo saltar lejos una salivadera de fierro enlozado; y allí se quedó, quieto como un muerto. El patrón del bar se dispuso a intervenir, pero como el «Chuletas» había quedado inmóvil para un largo rato, estimó que el asunto había sido arreglado por una autoridad de esas que no admiten intromisiones en los asuntos personales. Volvió, pues, a colocarse tras el mesón y desde allí vació un jarro de agua sobre la cabeza del hombre que yacía en el suelo.

Sólo entonces me di cuenta cabal de lo que había ocurrido en tan cortos segundos. Busqué al mago que había descargado la formidable bofetada, y me hallé frente a frente con el hercúleo contraamaestre del «Naranja», el buen angelote de mi lejano viaje de «pavo». Por cierto que nuestra recíproca alegría de encontrarnos quedó sumida bajo la seriedad del incidente.

—¿Sabes, tú?—me dijo el angelote—¡Este es un criminal!

Estas palabras pronunciadas por un ángel—por más que fuese tan corpulento como nuestro contraamaestre—sonaron como una simple y paternal reconvención. Pero el asunto era serio. Casi inmediatamente entraron al bar dos policías. El angelote señaló al «Chuletas»—todavía aturdido—y dijo:

—Este es; yo mismo iré con Uds.

El hilo del asunto lo conocí horas más tarde: el «Chuletas» se hallaba envuelto en la acción criminal del sabotaje fascista durante la guerra.

Era, pues, una de esas tantas porquerías que el mar suele arrojar a la tierra en la resaca.